

—¿Dónde?

—Ese es mi secreto.

—¿No me lo confiaréis?

—¡Por el momento, no!

—Os creía estragado.

—Lo estoy; pero á veces se puede uno dejar coger...

—¿Y lo estáis?

—Sí.

—¡Hombre feliz!

—¿Feliz?... Todavía no; pero estoy decidido á todo por llegar á serlo... ¿Venís?

Subieron la ancha y alfombrada escalera.

Los camareros les quitaron los abrigos y entraron.

La sala del bacarrá, del terrible bacarrá que á tantos arruina, estaba muy iluminada.

La partida era enorme.

Bajo las lámparas veladas por pantallas de seda, montones de oro, de billetes y de fichas cubrían el tapete verde.

Dos horas después, el marqués Raimundo de Caylus decia á Saint-Aubin:

—Me debéis un gran cirio, ¿eh? ¡Sin mí estaríais durmiendo, y he ahí que sois rico!

Después de varias peripecias, el barón, que tallaba sin puerta, tenía lo menos cuarenta mil francos ante él.

Su capital se había cuadruplicado.

Tiró las cartas sobre la mesa y dijo:

—Caballeros, tengo el honor... Buena suerte, y hasta la vista.

Cuando montó en un coche del establecimiento, y en el trayecto hasta su casa, se decia:

—Y ahora nos ocuparemos de la otra... Tengo el nervio de la guerra... La campaña no

debe ser ni larga ni difícil. ¡Nos veremos, señorita Milton!

El barón debía tener todas las suertes á la vez.

Al entrar en su casa, encontró una carta de Londres.

Aquella carta, aunque algo enigmática, le tranquilizó.

No decia más que lo siguiente:

«Peligro alejado. Falsa alarma. Pero prudencia y paciencia.

»S.»

El aventurero se frotó las manos.

Decididamente, su estrella no habia hecho más que palidecer.

Todo debía sonreírle todavía.

Sucediese lo que quisiese, era rico por algún tiempo, por seis meses lo menos.

Además, la prensa para billetes de los Gänrbach no estaba rota definitivamente.

Y en fin, tenía un negocio soberbio.

Se acostó satisfecho del día, y pocos minutos después dormía como un lirón.

Los acontecimientos debían arrastrarle más de prisa y más lejos de lo que él pensaba, á tomar un giro que él no preveía.

## XX

### ¿Por qué?

Después de la partida del marqués Raimundo de Caylus, Aurora se había vuelto á encon-

trar en una especie de soledad, indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor.

En realidad, el reemplazar á su vecina no la proporcionaba un gran trabajo.

Detrás de las pilas de periódicos podía entregarse á sus ensueños.

Con los piés sobre la estufilla, con los ojos errantes sobre el espectáculo que se desarrollaba ante ella, distraída apenas por los compradores, que las tres cuartas partes se servían ellos mismos diciendo: un *Figaro*, *El Diario*, ó el periódico que deseaban, lo cogían, dejaban su importe sobre el mostradorcito y se alejaban, la parecía que su destino iba á mejorar porque era de buen agüero el haber vuelto á ver de improviso al único hombre cuyas facciones estaban profundamente grabadas en su memoria.

Decimos mal.

No eran aquellas facciones las únicas que tenía grabadas en su memoria, las del menor de los Caylus, el cojito de cara tan bondadosa, la de Jorge, el que la había librado de las brutalidades de Bernardo Chavarux en las ruinas de Aubignac, quien la había ayudado después con tanta complacencia, estaban también grabados en ella.

Pero la impresión producida por los dos hermanos sobre su imaginación no era igual.

Sentía por el más joven una dulce simpatía, una amistad tranquila que no la turbaba.

Le estaba muy agradecida y, á veces, se reprochaba no manifestárselo más á menudo, resistir á sus súplicas, no recurrir á él en sus necesidades como le había prometido.

Pero su amor propio se resistía á hacerlo.

¡Mendigar un socorro, aunque fuera del mejor de sus amigos! ¡No, ella no podía!

La carta que por fin le había escrito era corta. ¡Nada de informes!

¡Y sobre todo, nada de señas!

Comprendía que él hubiera acudido en seguida, que no la hubiera dejado en su indigencia, que no se hubiera apresurado á tenderla la mano y su bolsillo.

¡Esto hubiese sido una nueva limosna!

¿Por qué no tenía los mismos escrúpulos con el mayor?

¿Por qué, por el contrario, se había alegrado tanto de haberse encontrado con él aquel mismo día?

Pasó el día sumergida en las mas profundas meditaciones.

Llegó la noche con sus periódicos y entre ellos el último, el que toca el cubre fuegos de la prensa, ese órgano político y financiero llamado *Le Soir*.

A las diez llegó la señora Simonet.

Estaba desolada.

Los pronósticos del doctor no eran tranquilizadores.

Hubiera sido preciso llevar á la joven enferma á un país cálido.

Eso es bueno para los ricos.

Los pobres están condenados á respirar el aire húmedo, infestado y malsano que acaba con ellos.

—¡Y en vuestra casa sucede lo mismo, vuestra amiga ño está mejor!

Para ellas hubiera sido también preferible el aire del campo, un reposo absoluto, tranquilidad completa.

Esto no impedía que contaran el producto de las ventas.

No habían sido malas. Aurora había vendido más que de ordinario la señora Simonet.

La influencia de una bonita vendedora se hacía sentir.

Después de pagados todos los gastos les quedaba un beneficio de nueve francos cincuenta céntimos.

A cada una correspondía cuatro francos setenta y cinco céntimos.

Aurora rehusaba su parte diciendo:

—No, no la acepto porque lo he hecho por serviros.

La vendedora insistía con razón.

—¿De qué vais á vivir? No os las echéis de gran señora. Todavía soy yo más rica que vos y sé que no tenéis mucho dinero en casa.

Aurora aceptó. La necesidad la obligaba.

Durante ocho días siguió su curso la asociación sin graves incidentes.

La señora Simonet no tenía necesidad de molestarle.

En nada de tiempo, se había puesto tan al corriente del asunto la joven como ella misma, que llevaba diez años de práctica.

Conocía á los repartidores. Las astucias para que les comprasen los periódicos; ajustaba sus cuentas en pocos minutos, sabía lo que se vendía y lo que era preciso devolver cada mañana; se había hecho amiga del comerciante de vinos, de la criada y de los mozos; los polizontes le dirigían palabras corteses; los compradores afluían y los empleados de los grandes almacenes que iban á su trabajo, le enviaban á su paso amistosos saludos.

En medio de sus ocupaciones, pasaban los días para ella con una rapidez extraordinaria.

El tiempo había mejorado.

A fines de la primera semana, uno de los días, en el momento que iba á ponerse á almorzar recibió una sorpresa.

La sirvienta acababa de llevarle un plato de guisado cuyo olor no era desagradable—Aurora tenía hambre y la juventud no pierde sus derechos—cuando un caballero vestido con suma elegancia, de aire muy distinguido, se paró delante del kiosko y la saludó con esta gozosa exclamación.

—¡Por fin tengo el honor de veros!

Aurora se ruborizó, pero este rubor no tardó en desaparecer.

Comenzaba á habituarse á los mil incidentes de su vida mercenaria.

Miró al recién llegado con admiración y preguntó tratando de sonreír:

—¿Quereis un periódico?

El movió la cabeza.

—Ya sabeis que no—dijo,—no vendría yo de tan lejos por tan poca cosa.

—¡De tan lejos!—dijo Aurora con indiferencia.

—Vivo cerca del Bosque de Bolonia, en la Avenida... Necesito otro motivo para venir la boulevard de San German, y ese motivo confesad que lo adivináis.

Aurora pareció buscar un instante y dijo:

—No, en verdad.

Al mismo tiempo preparaba la mesa para su almuerzo, volvió la silla hacia el fondo de la garita, extendió la servilleta sobre sus rodillas y dirigiéndose al visitante:

—¿Me permitís?—le dijo.

El barón se inclinó, porque debemos decir, que aquel caballero tan elegante como inoportuno, era el barón de Saint-Aubin.

Al inclinarse, una graciosa sonrisa asomó á sus labios.

Estiró las guías de su bigote largo y sedoso y se puso de codos sobre el pequeño mostrador del kiosko.

Aurora hizo un pequeño movimiento de impaciencia.

—¿Si irá á estarse aquí mucho tiempo?—se preguntó.

Sin embargo, no se atrevió á rogarle que se marchara. La parecía que ella pertenecía á todo el mundo y que estaba obligada á oír á todos y á sufrir todo.

Tomó el partido de no ocuparse de él y tranquilamente se puso á almorzar.

—Ya pensareis—comenzó diciendo el barón—que desde nuestra entrevista del otro día, no he tenido otro deseo que el de volver á veros.

—¿Vos?—dijo Aurora sin volverse.

—Sí.

—¿Con qué fin?

—Por interés por vos, porque me sería grato ayudaros, porque las circunstancias en que se hizo nuestro conocimiento justifican el interés que tengo por vos. He ido á veros á vuestra casa... Allí he sabido dónde estábais... He venido aquí... Confesad ingenuamente que esta ocupación es penosa.

—Sin duda alguna.

—Que no os agrada más que á medias.

—No puedo elegir y he conocido alguna más desagradable.

—¿Qué decís?

—La verdad.

—Pero esto no puede enriqueceros.

—Eso es evidente.

—¡Sin embargo, tenéis cargos!

—¿Yo?

—Sé que vuestra amiga, la señorita de Solmes, está enferma, incapaz de ayudaros, de ganar nada...

—Todo eso es muy cierto.

—Entonces, ¿de qué vivís?

—De mi trabajo.

—¿Qué os da?

—Ahora, de cinco á seis francos diarios.

—¡Es bien poco!

—Jamás he ganado tanto desde que estoy en Paris.

—¿No habéis podido colocaros en ninguna parte?

—No.

—¡Seis francos diarios!—dijo el marqués hablando consigo mismo.

Aurora le interrumpió.

—¡Oh! No completos—dijo.

—¡Para alquiler de la casa, para comer tres personas y para vestir!... ¡Esa es una vida imposible!

—El porvenir lo dirá.

—¡Habéis debido pensar con frecuencia en otro!

—Tal vez, pero no era más que sueños.

—Que podrían cambiarse en realidades.

—Os confieso que no las veo llegar.

Aurora contestaba distraidamente mientras concluía su guisado, que fué seguido de una manzana como postre.

Llegó la criada.

Traía una taza de café.

Aurora sonrió.

—Ya véis—dijo—que no soy tan desagradecida como suponéis. Pero debíerais hacer el favor de marcharos. Estas visitas me dan una triste reputación en el barrio.

El barón hizo un gesto de incredulidad.

—Apostaría—dijo—á que no soy el primero que se para en este sitio para deciros cosas, tal vez menos respetuosas que las que yo os digo.

Y bruscamente la preguntó:

—¿No habéis visto á alguno de aquellos que tuvieron el honor de conoceros en otro tiempo?

—¿Dónde?

—En Auvernia, en Aubignac.

Aurora contestó evasivamente.

—¡Ni aun sé qué ha sido de ellos!

—¿Alguno de esos señores Caylus?...

—¿Dónde están?

Aurora se habia estremecido al oír aquel nombre.

Al barón no se le habia escapado esto.

—El marqués debe estar en Niza—dijo,—el otro le habrá acompañado sin duda. Nunca se separan mucho.

—¿Y qué hacen en Niza?

—¡Pardiez! ¡lo que se hace al ser joven, rico y amigo de placeres!... Se divierten.

Los ojos de Aurora tomaron una expresión triste.

—¿No os vais allí vos?—preguntó con tono seco.

—No.

—Sin embargo...

—¿Arderéis en deseos de decirme que yo soy también amigo de los placeres?...

—¿Por qué no?

El barón suspiró.

—Lo he sido—declaró—no lo niego...

—¿Y ahora?

El barón pudo creer que Aurora trataba de conquistarle.

Su mirada era más dulce. Le miraba como si hubiese querido penetrar en su pensamiento.

Después de todo, tal vez fuera esta su intención.

Ahora bien, ¿qué podía ser para ella aquel hombre de mundo que vivía en la avenida del bosque de Bolonia y que confesaba haber ido al boulevard San German únicamente con el objeto de verla y hablarla, sino un adorador?

Pero no le agradaba por una razón muy sencilla.

Otro llenaba su corazón.

Ella se daba perfectamente cuenta de que el marqués de Caylus no sería nunca nada para ella, pero esta convicción no la impedía pensar en él, acordarse de sus declaraciones, sentir un dolor en el corazón al pensar que estaba lejos de ella, que haría el amor á otras, y que, en una palabra, para emplear la expresión del barón en aquel alegre país de Niza, cita de tantas mujeres ricas, felices y hermosas. ¡Se divertía!

Saint Aubin cambió de tono.

Se acercó y dijo bajando la voz:

—Yo también estaría allí, como decís, si no os hubiese encontrado. Si estoy en Paris, es por causa vuestra... ¡No quisiera que fueseis desgraciada, y lo sois!

—¡No lo creais!

—¿De qué os servirá negarlo? ¿Pensais que puedo engañarme? ¡Nacida con instintos de elegancia, hecha para el lujo, la dicha y la alegría de la vista, no podeis sino repudiar tal existencia! Escuchadme un minuto por favor. No voy á hablaros de los sentimientos que me inspiráis... No me creeriais tal vez. Quisiera solo poder deciros que me considereis como un verdadero amigo.

—¿Y cómo he inspirado esa amistad?—preguntó Aurora.—Ni aun casi me conoceis.

El barón sonrió.

—¿Habéis oído hablar de los matrimonios que se han hecho por una mirada, por un encuentro, por una palabra cambiada?

—En las novelas sí. Aunque he leído poco.

—¡Pues bien! yo os citaré diez, veinte tal vez, pero verdaderas uniones que subsisten y son felices, que no han tenido otra causa más que una casualidad, un encuentro imprevisto, y esos matrimonios han sido consagrados ante el alcalde y el cura.

—¿No se trata de eso entre nosotros, supongo?

—¡Todavía no!

Aurora hablaba con cierto aire burlón que la hacia mucha gracia.

Saint Aubin tuvo el buen sentido de contestarla en el mismo tono.

—Sois hermosa hasta el punto de volver á uno loco—dijo—pero lo seriais más si fueseis feliz, ¡y qué bien os sentaría la dicha! No, yo no quiero hablaros de casamiento, no tan pronto al menos... Maltratada por la suerte, rechazada por gentes que no son dignas de desatar

los cordones de vuestros zapatos, debeis ser desconfiada y recelosa... Además, á pesar de vuestro valor, que admiro, estais intranquila... Temeis lazos donde no los hay y tenéis razón, porque sois uno de esos hermosos pajaros que todo el mundo tiene interés en coger... Antes, pues, de hablar, esperaré una ocasión que me permita probaros mi sinceridad. Ahora, lo que siento por vos es respeto, y no sé como decir para no herir vuestra modestia, amistad, deseo de seros útil... Ponedme á prueba... Imagináos un favor que yo pueda haceros. ¡No os pido nada en cambio! Mi simpatía por vos nació de una mirada allá en Aubignac, en aquel parque donde estabais tan en vuestro puesto... Desde aquél día pienso en vos... ¡Jamás he sentido nada parecido y mi experiencia es grande! No sé cómo deciros lo que ha pasado en mí. Estaba devorado por una ambición que me absorbía, atacado por esa fiebre de fortuna que es el contagio del día, el tifus de que todo el mundo está atacado, grandes y pequeños, yo como los demás...

Esa fiebre ha desaparecido; vos me habéis hecho sensato. Al veros, estuve tentado á exclamar: «Un corazón como el suyo y una choza...» Y en efecto, eso es lo que ambiciono. ¡Pero quiero un corazón mio, completamente mio, para siempre!... ¡Nada de relaciones efímeras!... ¡Nada de cadenas que se puedan romper en un instante!... ¿Por qué no he de confesároslo? Yo, que he nacido incrédulo y escéptico, he creído en la leyenda de esas almas que se buscan, se encuentran, se conocen y no se separan más. La miré á su vez fijando sus ojos en los de Aurora, y la preguntó:

—¿He dicho bastante para hacerme comprender?

Aurora contestó con voz en que había un punto de emoción, porque el barón se había expresado con un calor comunicativo:

—Para hacerlos comprender, sin duda alguna; pero no lo bastante para darme fe...

—¡Ella vendrá!

—¿Lo suponéis?

—¡Estoy seguro de ello! Tenéis el corazón helado por vuestras desgracias... El ardor de mi buena amistad la hará entrar en reacción. Dejadme solamente volver á veros, hablaros, convenceros... ¿Queréis?...

Esto fué dicho admirablemente.

Aurora había vuelto á ponerse seria.

Contestó con voz un poco alterada:

—Yo no puedo impedirlo. La calle es de todo el mundo, y mi modesto establecimiento se abre sobre la acera. Tenéis derecho á venir aquí, aunque no sea más que para comprar un periódico.

—¿Pero vais á seguir aquí?

—¡Ay de mí! Será necesario, mientras que pueda... ¡Vos lo habéis dicho! ¿De qué viviré?

—Si me atreviera...

Hizo ademán de sacar la cartera.

Aurora exclamó con viveza:

—¡No, no; me quitaríais el placer que me causa oíros!... ¡Adiós!

En semejantes casos es preciso retirarse, cuando se ha producido buen efecto.

Saint-Aubin creyó tener ganada la partida.

—La semilla está arrojada. Ella germinará.

Algunos compradores habían interrumpido la conversación diferentes veces,

Aurora les servía y recibía su dinero con viveza.

El barón la interesaba. Llegó hasta maldecir los interruptores que la impedían oír aquella música del amor discreto, tan sábiamente modulada.

Y halagada interiormente, se preguntaba: —¿Si fuese sincero, sin embargo!

Pero en cuanto se alejó el barón, después de saludarla con todo el respeto que hubiera empleado para hacerlo á una duquesa de raza, el encanto se disipó.

La desconfianza se apoderó de ella.

Y atormentada por la duda, se preguntaba:

—¿Por qué?

¿Por qué este hombre de mundo, que se confesaba excéptico é incrédulo venía, no sólo á cortejarla, sino casi á pedir su mano?

Pues esto era lo que la dejaba comprender con bastante claridad.

¿Qué misterio, pues, había en su existencia?

¿Por qué estas aves de rapiña revoloteaban á su alrededor?

¿Qué esperaban?

Volvió á caer en sus ensueños, y á pesar de sus esfuerzos no fué al gentleman á quien acababa de oír el que reapareció en su imaginación y pasó ante sus ojos.

Fué el marqués de Caylus, el hermoso Raimundo, su sueño.

Y sin embargo aquel no le había hablado de matrimonio.

Pero todo lo que la pérfida elocuencia de Saint-Aubin había conseguido había sido borrar por un momento el mirage secretamente acariciado,

Y, una vez desaparecido, el otro volvió más encantador y más querido que nunca.

Y precisamente en aquel momento se presentó un ordenanza de telégrafos que, tendiéndola un despacho—la pregunto:

—¿Sois vos la señorita Milton?

—Sí.

—Tomád.

Lo abrió.

Era de Niza y no contenía más que estas palabras:

«Pienso en vos.

»RAIMUNDO.»

## XXI

### Cansancio.

Cuando regresó por la noche á su pobre casa la esperaban malas noticias.

Elena estaba cada vez peor.

No era esto todo.

La nodriza de Danmarim había venido.

Se había mostrado muy exigente y grosera.

Mónica la había calmado dándole á cuenta una cantidad que dejó el bolsillo muy merchado.

Después de su marcha se había restablecido la calma, pero, según todas las apariencias, no debía ser de larga duración.

La aldeana había anunciado su próxima vuelta. No se fiaba de palabras ni de promesas en el aire. Lo que necesitaba era dinero contante y sonante; no podía fiar porque no era bastante rica para poder hacerlo.

En su cólera había empleado un lenguaje duro y violento que hizo estremecer en su lecho á la pobre Elena.

Aurora encontró llorando á su amiga.

La señorita de Solmes estaba en cama. Sufría atrocemente y tenía para largo tiempo.

Un viejo y buen doctor que vivía en la vecindad y visitaba casi de balde á los pobres del barrio, había estado á verla aquel día y la había dicho:

—Sufrís mucho, pero no moriréis por esto. Solamente que habréis de estar dos meses largos sin salir.

¡Dos meses todavía!

¡Y era preciso pagar la casa á primeros de abril!

—¿Cómo nos arreglaremos?—dijo á Aurora.

—¡Bah!—contestó ésta—economizaremos.

Sería duro, pero lo conseguirían.

En todo caso, el casero, que no era malo, las fiaría.

Aurora trataba de aparecer tranquila para consolar á su amiga; pero Elena conocía perfectamente que no decía lo que sentía.

—Sería mejor—dijo la enferma—que muriésemos mi hijo y yo, porque ¿qué va á ser de nosotros?

Aurora la tapó la boca con la mano, diciéndola:

—¿Quieres callarte? ¡Tú, tú eres la única que me da valor! Estate tranquila, que yo ganaré para todos.

Pero ella misma estaba desalentada. El porvenir se la presentaba con los más sombríos colores.

Lo que veía en su casa no era para animar-